

PATRIÁ

Por Zeus que no se escapará ninguna mentira del cerco de mis dientes. Háblame, Musa, y asísteme en la historia que quiero ahora relatar a mis dos pequeños hijos para que la cuenten ellos a los suyos en lo sucesivo. Tradición será para mi humilde linaje de pastor.

Oh divino Odiseo Laertiada, varón de multiforme ingenio, de ti les hablaré.

Profundo sueño semejante a la muerte habíame conquistado mientras arreaba mi rebaño en las cercanías del puerto de Forcis de nuestra tierra patria Ítaca. Acosté mi cansado cuerpo al pie de un olivo de largas hojas. Puse mi cabeza sobre el viejo zurrón, dejé a un lado mi lustroso bastón y dormí.

Me despertaron los gemidos de un forastero que en la playa, golpeando sus muslos, preguntaba quién habitaría estas tierras, si éramos nosotros los itacenses gente temerosa de los dioses. Así vociferaba el divino Odiseo, hijos míos.

Maldecía a los feacios, imploraba a Zeus castigo para ellos pues se creía víctima de una mentira y no creía haber llegado a su patria.

Le vi suspirando en la orilla del estruendoso Ponto contando trípodes, calderos y vestiduras. Hermoso equipaje.

Lo que a continuación vi, hijos míos, cuéstame creerlo aún. Se acercó hacia él un pastor de ovejas con un bello manto doble sobre sus hombros muy similar al mío. Tenía mis mismas facciones. ¡Yo era quien caminaba hacia el forastero! Sin duda alguna, Palas Atenea, la deidad de ojos de lechuza, había tomado mi forma y permitió que fuera mudo testigo de lo que les relato.

Largo tiempo estuvieron en la playa, hablando aladas palabras, mientras yo, escondido tras el frondoso árbol, escuchaba a los deiformes forasteros. Mis ojos no cansábanse de observar,

cuando de mi humilde imagen se trocó la diosa en hermosa mujer.

Luego de un tiempo que parecióme eterno, el ingenioso Odiseo, con sus dorados cabellos, su elevada estatura, sus deiformes músculos, sus claros y bellos ojos, convirtiéronse en algo opuesto. La ingeniosa Palas Atenea le tocó con una varita modificando su hermosa contextura de joven varón. Comprendo hoy lo que allí me resultaba incomprensible.

Le arrugó el hermoso cutis en los ágiles miembros, pareciéndose ahora a un anciano; serenos hizo sus ojos y blancos sus cabellos. Con harapos lo vistió y púsole una túnica manchada por el humo.

Con un palo y un astrozo zurrón lleno de agujeros y retorcida correa se alejó del puerto por el áspero camino.

Le acompañé desde lejos para que no me viesén sus ojos, sin decir yo nada, pues mi asombro y temor eran enormes.

Luego de caminar no demasiado trecho del camino se encontró con mi amigo y vecino Euneo, mayoral de los pastores.

Retorné con mi rebaño a ésta, nuestra casa, pensando en lo que había experimentado. Supe luego que ése de quien les he hablado era Odiseo Laertiada, semejante a un dios.

Por todos conocida ya es su historia, de la muerte que dio a los soberbios pretendientes junto a su hijo Telémaco.

Ilmpíos y aborrecibles pretendientes que asolaban su palacio, comiéndose su hacienda, maquinando su muerte y la de Telémaco, queriendo apropiarse del angustiado corazón de Penélope, su mujer!

Fui agradecido testigo cuando la Fama anunció por toda la ciudad que suya y de los dioses es la paz que vive hoy nuestra tierra patria Ítaca.

Oh hijos míos, revélenle esta historia a los que vendrán y, sobre todo, tomen su sagrado ejemplo.

Es mi deseo, por el bien de nuestro linaje y de la Hélade toda.

Fernando Zecchini
2º año Letras

